

do durante la guerra, y desde su regreso Pablo las hacía frecuentes visitas; por datos que hábilmente había recogido, había sabido que Malvina tendría 60.000 thalers de dote al contado, y que heredaría más tarde el doble; además, sus maneras tranquilas y modestas le inspiraban una gran simpatía; su aspecto respondía al de la mujer que él soñaba, y sus opiniones razonables y prácticas, libres de todo romanticismo y de toda fantasía soñadora, se armonizaban con las suyas. Constituía para él una delicia oírle hablar, con el buen sentido común de un filisteo, de los hombres y de las cosas, sobre todo cuando en una reunión de sociedad el lenguaje pretencioso y rebuscado de una señorita á la moda, de ideas poéticas y geniales, acababa por inquietarle y repelerle á la par. Desde el primer momento se había dicho que la señorita Malvina Mœrker era la mujer que le hacía falta; y desde que pudo conocerla mejor á ella y á los suyos, se repetía resueltamente: «Esta, ó ninguna».

Parecía ser también muy simpático á aquellas señoras; la señora Brohl no tardó en tomarle cariño, y eso era lo importante; su talle robusto, no demasiado esbelto, que prometía para el porvenir una respetable corpulencia, su rostro bien encarnado y atestiguando una buena digestión; su bigote rubio, bien cuidado; su pelo corto, separado por una flamante raya; su modo de vestir, siempre distinguido y elegante, todo aquello hizo impresión sobre ella; así se le figuraban los hijos de las gentes ricas; así se le había aparecido el señor F. A. Brohl en el momento en que había pedido su mano; era sin duda alguna un hombre serio, y necesitaba evidentemente estar en buena posición para tener un sastre tan bueno y un peluquero tan notable. Pudo también advertir, con una sa-

tisfacción rayana en la emoción, que mostraba algún gusto por los trabajos de aguja. No se limitaba solamente á examinar, como hacían las gentes superficiales, una bonita costura de mujer; sabía apreciar y admirar una obra maestra en razón del trabajo y de las dificultades que había costado; le llenaban de extrañeza admirativa algunos encajes hechos primorosamente ó algunos bordados de seda; los añadidos bonitos, pero fáciles, y el bordado de fantasía, le dejaban frío, si ya no llegaban hasta inspirarle desdén. Cuando la señora Brohl hubo descubierto en él aquella preciosa cualidad, no vaciló en invitarle á comer, de vez en cuando primero, luego todos los domingos; y reconoció con placer creciente que respondía bajo todos los demás aspectos á su ideal. Comía con buen apetito y no necesitaba expresar su satisfacción, pues á cada plato bien condimentado se veía en su cara que el gozo era sincero. Los asuntos de la familia, aunque aun no le tocasen de cerca, despertaban en él una simpatía suficiente; sentía por las gentes ricas la estima no disimulada que era tradicional desde hacía tres generaciones en la familia Brohl-Mœrker. No le costaba trabajo á la señora Brohl habituarse á ver en él al esposo de su nieta, y la profesión de Pablo era la única objeción que encontraba; no hacía gran caso de un *privat docteur*, porque sabía que podría á lo sumo llegar á profesor, y que en esta carrera se gana menos en un año que en un mes un armador; pero recordó á tiempo, por el ejemplo de su yerno, que con los comerciantes se sufrían también crueles decepciones, que un profesor tenía un título sonoro, y que si no ganaba mucho, no podía al menos perder nada, y llegó á la conclusión de que un profesor puede también hacer feliz á una mujer. La señora

Moerker no tenía nada que decir, y en su sumisión infantil estaba dispuesta á aceptar un yerno escogido por su madre sin replicar, absolutamente lo mismo que había aceptado á su marido; pero, y esto no le podía perjudicar, Pablo había hecho igualmente muy buena impresión sobre ella. Quedaba Malvina, y aquí era precisamente en donde las cosas no parecían marchar bien: la joven se mostraba siempre buena y amistosa con Pablo, aceptaba sus galanteos sin tratar de sustraerse á ellos ó de rechazarlos; cuando iba de paseo con su abuela, su madre y él, aceptaba su brazo sin ceremonias; en las reuniones en donde se encontraban le daba el brazo para pasar al comedor, bailaba con él con frecuencia, y en el cotillón era siempre su caballero. Sólo que, en todas circunstancias, cuando estaban solos en la conversación, mientras bailaban, á la llegada y á la salida de Pablo, mostraba siempre con él una tranquila placidez, que le sumía en una gran perplejidad. Aun él mismo, que no era un hombre sentimental, la encontraba demasiado tibia y demasiado razonable; hubiera querido verla alguna vez turbarse y ruborizarse, exhalar un suspiro ó perderse en ensueños de amor; pero ninguno de estos indicios de un corazón enamorado se revelaban en ella.

Llegó un día, sin embargo, en que se manifestaron, pero en circunstancias que produjeron á Pablo una impresión dolorosa. Guillermo había inspirado á Malvina, desde el mismo instante en que le vió, una pasión violenta, y desde entonces no cesaba de pensar en él y de hablar de él; ¡era tan hermoso, tenía una mirada tan seductora y una palabra tan persuasiva! Experimentó por él una especie de alucinación, que no se podía con exactitud llamar amor, porque se mezclaba dema-

siado respeto. Sentía que era demasiado insignificante para él, para soñar con inspirarle amor hacia ella, y luego él no era libre y hubiera creído cometer un pecado mortal con soñar siquiera en poseer á un hombre que era el prometido de una amiga suya; no se le había ocultado á Pablo aquel entusiasmo por Guillermo; pero no se preocupaba por ello, porque sabía á qué atenerse acerca de los sentimientos de Malvina. «Es una pasión inocente, se decía, como la que sienten con frecuencia las adolescentes hacia príncipes cuyos retratos han visto en un escaparate, ó por actores que han admirado en los papeles de don Juan ó de don Carlos, ó por poetas cuyas estrofas se han aprendido de memoria; más tarde se ríen ellas de su puerilidad, y eso no ha impedido nunca á un pretendiente pedir en matrimonio á esas jóvenes entusiastas, ni ser felices con ellas».

El asunto, sin embargo, tomó un giro mucho más grave después de la ruptura de Guillermo con Loulou. Toda una novela atrevida se edificó en el cerebro, un poco estrecho, pero regularmente organizado, de Malvina; ahora que Guillermo era libre, no tenía ya ningún deber hacia la señorita Ellrich, aquella joven superficial que jamás había sido digna de él. ¿Era tan inverosímil que se fijara ahora en ella y se mostrara agradecido por su simpatía? Y puede ser... ¿quién sabe?... más tarde... que buscarse á su lado la curación de su amor herido, que estaba tan dispuesta á procurarle... Guardó á lo primero para sus adentros los últimos capítulos de esta novela de enamorada virgen; pero reveló audazmente los primeros. Declaró á su abuela, á la vez que á Pablo, que el doctor Eynhardt tenía seguramente necesidad de consuelos, y que sería para ella un placer distraerle de sus

penas. Exigió que Pablo lo llevara á su casa siempre que pudiera, y pidió á la señora Brohl, con una resolución que nadie la conocía, que le invitasen, como á Pablo, á comer todos los domingos, y aun con más frecuencia todavía. A Guillermo no le agradaban las reuniones, y todavía menos las invitaciones á comer; pero la invitación de las Brohl-Mørker era tan cariñosa, tan insistente, que no pudo rehusarla.

Cuando Guillermo estaba allí, Pablo quedaba completamente relégado al segundo plano; Malvina no tenía ojos ni palabras más que para aquél, y si se ocupaba de Pablo era todo lo más para darle las gracias por haber llevado á su amigo; cuando Pablo iba solo notaba con disgusto que una nube pasaba por el rostro de la joven, y se veía obligado á dar una porción de noticias acerca de Guillermo. El sentimiento de su dignidad le hubiera desde hacía tiempo prohibido aceptar esta situación y prolongarla; pero cada vez que sentía en él veleidades de rebelarse, se decía que había que tener paciencia, que hasta entonces la pasión del Malvina por Guillermo no parecía ser correspondida. La actitud de su amigo justificaba, por otra parte, la suposición de Pablo de que aquél no sospechaba lo que pasaba en el corazón de la joven. La trataba con mucho respeto y amistad, pero no había ninguna diferencia en su manera de proceder hacia la joven y hacia la señora Brohl; mientras que Malvina se ruborizaba y perdía la cabeza en cuanto llegaba, Guillermo saludaba á la abuela, á la madre y á la hija con la misma sonrisa agradable, tendía á todas la mano suavemente sin apretar más fuerte la de la nieta que la de la abuela; mientras Malvina le hablaba, su corazón latía con movimientos extraordinariamente irregulares, con fuer-

za inusitada, y él, por el contrario, permanecía tranquilo y conservaba una mirada impassible; por este lado ningún peligro amenazaba á Pablo. Y luego, sentía en la señora Brohl una protectora y un apoyo; la anciana señora tenía, á pesar de sus ojos cansados, una mirada penetrante para las cosas de su pequeño mundo; á pesar de su cansancio aparente, comprendía pronto lo que pasaba á su alrededor; notó que Malvina se dejaba ir sin resistencia á la seducción que Guillermo ejercía sobre ella, y á decir verdad, no le parecía tan censurable el gusto de la joven, porque Guillermo la gustaba también mucho; admiraba su hermoso rostro, su voz agradable, su manera de ser modesta y llena de consideración; pero sentía instintivamente que pertenecía á un mundo totalmente distinto al de ella, y que le sería siempre extraño en el fondo de su alma; cuando él hablaba no podía seguir el curso de sus pensamientos, aun comprendiendo que deberían ser excelentes; cuando, por el contrario, tomaba ella la palabra, él la escuchaba con la más exquisita cortesía, pero sin replicar nunca nada; luchaba contra la distracción, teniendo que oír los más interesantes relatos de noviazgos y de bodas; no hacía ningún caso de las gentes ricas; en la mesa no tenía una sola palabra de elogio para los platos mejor condimentados, y hasta tuvo la mala suerte de decir un día que le parecían horrorosos los caballeros cosidos á punto de aguja... A más de esto, su traje era modesto, usado; si bien era cierto que poseía una casa, era pequeña; no, Guillermo no podía entrar en su familia; no era de la misma raza que ella, como aquel bueno y robusto Pablo Haber.

No era propio de la naturaleza de Pablo sopor-
tar por largo tiempo esas vacilaciones penosas; resolvió poner enérgicamente término á todas aque-

llas incertidumbres; Malvina le parecía más envidiable que nunca: había meditado ya vastos proyectos para el porvenir, basados en su matrimonio con ella y sus 60.000 thalers de dote. Le hacía falta ahora saber si la obtendría ó no; sea para trocar sin pérdida de tiempo sus castillos en el aire en realidades, sea para no perder los mejores años de su vida en perseguir lo imposible y perder otras buenas proporciones; en un solo punto no se había resuelto todavía: ¿á quién debía dirigirse primero? ¿á la señora Brohl? Eso era probablemente lo más práctico, porque aquella vieja apergamorada, con su débil voz, que parecía un suspiro, era ama soberana en su casa; si le prometía la mano de su nieta era mujer capaz de cumplir su promesa; pero le repugnaba que la abuela ejerciese presión sobre la joven, y comprendía que tendría que sentirse confuso al responder «no» cuando la señora Brohl le preguntase si había ya hablado á Malvina; no podía tampoco presentarse á esta última y decirle: «No puede usted ignorar que la amo, y que haría usted mi felicidad concediéndome su mano; ¿quiere usted hacerlo?» Si ella, en efecto, incapaz de juzgar sus propios sentimientos, le respondía que amaba á otro y no podía ser suya, esto equivalía á una ruptura definitiva, aunque ella misma tuviera que reconocer, andando el tiempo, que la había engañado una ilusión; en una palabra, si le rechazaba ya no había arreglo posible, y esto era lo que él comprendía muy bien: no queriendo dar el primer paso ni cerca de Malvina ni cerca de la señora Brohl, sólo le quedaba un recurso, al que apeló sin vacilación.

En una hermosa tarde de Mayo, próximamente ocho días después del *meeting* obrero del Tívoli, Pablo fué como de costumbre á casa de Guillermo,

y le rogó saliera con él á dar juntos una vuelta por el Thiergarten; Guillermo aceptó en seguida: Pablo le parecía extraordinariamente silencioso y abismado en sus reflexiones; cuando llegaron á las avenidas todavía desiertas, Pablo rompió el silencio, y dirigió á boca de jarro la siguiente pregunta á su amigo:

—Guillermo, ¿amas á Malvina?

El otro se quedó como clavado en el suelo: miró á Pablo con aire estupefacto, y tras una pausa, no encontró más contestación que ésta:

—Pablo, ¿estás en tu sano juicio?

—Te lo suplico, Guillermo—insistió éste con tono serio y firme;—respóndeme sí ó no, puesto que de tu contestación depende quizá la felicidad de mi vida.

—Pero si nunca he pensado en ella—exclamó Guillermo asiéndole de la mano;—¿cómo se te ha podido ocurrir una idea semejante?

—Así, pues, ¿no amas á Malvina?—repuso Pablo con obstinación.

—No, no amo á Malvina: me parece que esta respuesta es categórica.

—Me lo figuraba, pero necesitaba oírtelo decir.

Mientras continuaban lentamente su paseo, prosiguió:

—Ya ves tú, Guillermo; si hubieras amado á Malvina, te hubiera cedido el puesto sin vacilar; hubiera aceptado mi suerte sin lucha ni resistencia.

—¿Me habré comportado acaso aturdidamente? ¿Quizá me haya mostrado demasiado íntimo? En ese caso, dispénsame, Pablo, ha sido involuntariamente; no he visto en ella sino á la prometida de mi amigo, y he creído poder también tratarla como amiga.

—No es eso, Guillermo: estás absolutamente en un error; siempre te has comportado con corrección y exquisito tacto; pero no te has advertido de lo que pasaba en Malvina; te amaba hace tiempo, y este amor ha aumentado desde que sabe que eres libre.

—Ves fantasmas.

—No; calla, hombre; eres un inocente; creo que lo que Malvina siente por tí no es todavía amor; pero bastaría una mirada ó una palabra tuya que la diera alas, para que el amor se declarase; si, por el contrario, comprende que no tendrás nunca para ella más que amistad, se contentará con admirarte de lejos y experimentará de nuevo algún afecto por un ejemplar menos brillante de la especie humana, tal como yo puedo ofrecérsele.

—Me aflige por extremo todo esto; ¿cómo he podido ser tan ciego y tan imprevisor?

—Tranquilízate; nada se ha perdido todavía; conozco á Malvina; es una muchacha razonable sin el menor asomo de sentimentalismo, la salud moral hecha mujer; no es por ella por quien ha escrito Schiller aquellos versos: «El bosque de encinas se estremece, las nubes huyen» (1). En cuanto sepa que nada puede esperar de tí, estoy convencido que no habrá más obstáculos á mi felicidad.

—Haré lo que quieras; ante todo, no necesito decirte que no volveré á poner más los pies en su casa.

—Tengo algo más que pedirte, mi pobre Guillermo; es preciso que no te limites á un papel pasivo; te suplico que solicites de Malvina una breve

(1) Canto ultrasantimental de la ultrasantimental Thecla, hija de Wallenstein, en la gran trilogía de Schiller *Los Piccolomini*, acto tercero, escena VII.—(N. del T).

conferencia, y que la declares formalmente que no la amas.

—¿Cómo puedo hacer eso?—exclamó Guillermo completamente aturdido y fuera de sí.—¿Con qué derecho puedo yo hablarla así? Si se me ríe en las barbas y me dice que soy un loco y un mal educado, no tendré más que lo que merezco.

—No te expondrás á eso, demasiado lo sabes; el servicio que te pido es evidentemente grande y difícil, pero creo poderlo reclamar de tu amistad.

Como Guillermo no contestase en seguida, Pablo dijo asiéndole la mano:

—Te repito una vez más, Guillermo, que si pretendes á Malvina, no hallarás en mí á un rival.

—¡Pero Pablo!...

—Quizás fuese eso de desear para tu bien, porque Malvina es una excelente y buenísima muchacha, que hará la felicidad del hombre á quien dé su mano.

—Ni una palabra más, ya te lo he dicho: es para mí sagrada, puesto que es tu prometida; además, no pensaría en ella aun si ignorase los lazos que os unen.

—En este caso es preciso que me ayudes á hacerla salir de su error y á volverla á traer al verdadero camino; tú sólo eres el que puede hacerlo; me debes eso, y estoy seguro que también ella te lo agradecerá más tarde, muy pronto, acaso en el mismo momento.

Guillermo continuó andando algunos instantes en silencio al lado de Pablo, cuya mirada inquieta no se apartaba de él; al fin dijo con un gran suspiro:

—Pues bien, si es absolutamente necesario...

—¡Excelente amigo!—exclamó Pablo, echándo-

le los brazos al cuello, con gran extrañeza de los raros paseantes que veían aquella escena.

Al siguiente día, antes de las doce, Guillermo llamaba á la puerta de aquellas señoras: detrás del ventanillo redondo apareció un momento la cara de la doncella; luego rechinó un cerrojo; la puerta se abrió; la joven saludó á Guillermo con grandes atenciones, le condujo con cumplidos extremados al famoso salón, y le dijo, sin que él tuviera que preguntarla nada:

—La señora Brohl está en la cocina; voy corriendo á llamarla.

—Gracias, mi querida niña—la respondió Guillermo con voz no muy segura—no corre prisa; la señorita ¿está en casa?

La joven, que estaba ya en el dintel de la puerta, se detuvo, se volvió rápidamente, miró á Guillermo con ojos de asombro y repuso:

—Sí; ¿debo decirle que desea usted hablarla?

Guillermo hizo un signo afirmativo; la doncella se alejó, luego oyó aquél abrir la puerta del cuarto de Malvina que daba al patio; un instante después ésta se presentaba ante él tendiéndole su mano suave, cuyos dedos eran un poco cortos; un vivo carmín coloreaba sus mejillas y su frente.

—¿Me atrevería á pedirle á usted un momento de conversación, señorita?—dijo Guillermo con acento suave y emocionado.

Malvina tornóse densamente pálida; toda su sangre afluyó al corazón, tuvo que tomar aliento, y tras una corta vacilación, murmuró:

—Sí, señor doctor.

Y le condujo al gabinetito de un solo balcón, que estaba al lado del salón y que contenía una modesta biblioteca, una mesa de despacho insignificante y unas sillas cubiertas de rica seda roja

con fundas de encaje. Sentóse en un extremo del sofá; Guillermo aproximó su silla enfrente de ella y la miró un instante en silencio; bajaba los ojos, se ruborizaba y palidecía á intervalos, y respiraba penosamente; su emoción en aquel momento no se le hubiera ocultado á un ciego. Al verla así, un cuadro se ofreció de repente al alma de Guillermo, como un paisaje nocturno entrevisto al fulgor de un relámpago: el de aquella joven, temblorosa de emoción, suspendida á su cuello y estrechada contra su pecho; aquella visión no duró más que una centésima parte de segundo; pero le estremeció como una descarga eléctrica; cuando se hubo desvanecido, Guillermo sintió un dolor extraño, en el que se mezclaban vergüenza, arrepentimiento y mal humor; tuvo la sensación de un peligro real, y comprendió que era necesario mucho tacto para dominar la situación y dominarse á sí mismo.

—Señorita—comenzó vacilando—lo que tengo que decirle á usted le parecerá acaso singular y atrevido; pero, sin embargo, la ruego que me escuche hasta el fin.

Malvina permanecía allí inmóvil, con el seno agitado por la respiración anhelante.

—No sé—continuó—hasta qué punto mi amigo Haber se habrá explicado con usted; pero, de todos modos, ha debido usted notar que la ama.

Al oír el nombre de Pablo, Malvina abrió por primera vez los ojos y miró á Guillermo con una expresión de temor que de nuevo le asustó; pero había quemado sus naves, é hizo un esfuerzo desesperado para recobrar el aplomo.

—Querida señorita—dijo con acento cariñoso, pero firme, aproximando su cabeza á la de Malvina—temo que haya entre nosotros una mala inteligencia, á la cual es absolutamente mi deber poner

término; mi conducta ha despertado, quizás, una ilusión que no debe durar; he tenido seguramente gran parte de culpa al mostrarle á usted la viva amistad que por usted siento. Esta amistad se dirigía á la bondadosa y encantadora joven que llenaba el corazón de mi mejor amigo; pero hubiera evidentemente debido reflexionar que podía interpretarse de otro modo, mientras la situación de usted, con respecto á Pablo, no estuviera claramente establecida. Cuando me veía usted feliz en medio de ustedes, procedía eso de la idea que me hacía de la felicidad de mi amigo si algún día llegaba á llamarla á usted suya. Si usted ha leído en mis miradas amor ó siquiera ternura, es que le estaba y le estoy á usted infinitamente agradecido por los sentimientos que ha inspirado á Pablo.

Mientras hablaba, Malvina se había ido recostando sobre el respaldar del canapé y había cerrado los ojos exhalando un profundo suspiro; algunas lágrimas comenzaban á brillar en la juntura de sus párpados. Guillermo la cogió la mano; estaba helada; hizo ella un débil esfuerzo para retirarla, pero Guillermo la conservó entre las suyas, y prosiguió:

Querida y excelente Malvina, no me guarde usted rencor por este instante de crueldad; crea usted que sólo lo he buscado en aras de su felicidad; bien comprendo lo que pasa en usted y cómo todo esto ha podido suceder. El buen corazón de usted rebosaba compasión hacia mí; por eso ha latido con más fuerza, y tras esas palpitaciones su inocencia de usted ha creído encontrar otra cosa; debía usted, pues, forzosamente vacilar mientras se creía amada por nosotros dos; ahora ya sabe usted que Pablo la ama, y que el más hermoso día de mi vida será aquel en que mi amigo pueda es-

trecharle á usted contra su corazón; ahora tomará usted fácilmente una resolución que, se lo juro á usted, interesa á su felicidad tanto como á la de Pablo. Pablo es un bueno y fiel muchacho; ¡feliz la mujer que lleve un día su nombre!

Al decir esto se inclinó sobre su mano y posó en ella los labios; Malvina, sollozando con descon-suelo, le echó, en un arrebato apasionado, los brazos alrededor del cuello y le besó en los cabellos negros y sedosos; luego se levantó precipitadamente y abandonó el cuarto. Guillermo se escapó también, completamente aturdido, bendiciendo al destino por haberle evitado el encuentro de las señoras Brohl y Moerker, y ya en la calle respiró como un hombre al que le ha ocurrido una aventura espantosa; pero su corazón latía con fuerza, experimentaba dentro de sí mismo un sentimiento confuso, que no quería á ningún precio comprender ni analizar; le subyugaba, sin embargo, y le era tan insoportable como la idea de una mancha mugrienta sobre la levita, en la espalda.

Pablo fué informado el mismo día del resultado de la entrevista; por de contado, Guillermo se mostró muy parco al llegar á la escena relativa á Malvina; Pablo se lanzó en seguida hacia la calle Lutzow para dar el asalto á la trinchera en que su amigo acababa de abrir brecha en provecho suyo. Le recibió la señora Brohl, que le hizo una señal misteriosa y le condujo á su alcoba, situada al otro extremo de la casa y separada del salón por el amplio comedor. Con su vocecita débil y que parecía un suspiro le echó suavemente en cara no haber tenido más confianza con ella y no haberla confesado nada con anterioridad; luego, interrumpiéndole en sus excusas, le contó lo que había pasado; había sabido con extrañeza que el doctor

Eynhardt había estado allí y se había marchado sin siquiera darla los buenos días; cuando quiso ver á Malvina y preguntarle acerca de lo que significaba aquella visita, Malvina se había abalanzado á su cuello, llorando con tanto desconsuelo, que la abuela estaba profundamente enternecida; con mucho trabajo había conseguido arrancarle á retazos el relato de la explicación que había mediado entre ella y Guillermo; después de esto se había dedicado á consolarla y á devolverla un poco de ánimo.

—Malvina está en su cuarto—prosiguió la señora Brohl—y creo que es mejor que no trate usted de verla ahora. Una muchacha tan alocada y tan desprovista de experiencia no se vuelve razonable en tan poco tiempo; además, yo me encargo de arreglarlo todo y desde ahora puede usted llamarme abuela.

Emocionado y agradecido, la besó la mano; la señora Brohl tenía también los ojos llenos de lágrimas; hizo que llamaran á su hija y la contó, con gran asombro de la auditora, todo lo que había pasado; la señora Moerker, sobreponiéndose á su emoción, abrazó á su futuro yerno; aquella era una escena digna, tierna, pero sin exageración de mal gusto como conviene á una familia respetable; y aun admitiendo que todas las gentes ricas de Stettin hubieran podido presenciaria, habrían seguramente tenido que confesar que todo había pasado de una manera digna de alabanza.

Durante los días siguientes la señora Brohl no cesó de predicar á su nieta; la presentó con calma, pero al mismo tiempo con una firmeza de expresión que no admitía objeciones, que había hecho mal en comprometer así su felicidad; que Pablo era el mejor de los dos partidos; que era más elegante y más práctico que Guillermo; que veía la

vida bajo un aspecto más real y verdadero, y que para los que les gusta el color rubio, resultaba de tan buena presencia como el otro; que, además, Pablo la amaba y Guillermo no, lo cual, después de todo, había que tenerlo en cuenta. Malvina nada podía objetar á estas razones, tanto más, cuanto que Pablo le había sido siempre simpático. Dejó de llorar al día siguiente y sus suspiros se hicieron más raros; dos días después volvió á recobrar el apetito, y la señora Brohl no vaciló más tiempo en avisar á Pablo. En la primera entrevista él estuvo aún un poco cortado, y ella reservada; pero aquel desapareció con extraordinaria rapidez; él estaba continuamente á su lado; ella se iba haciendo más cada día á ver su rostro varonil y resplandeciente de salud, y su actitud correctísima. La primavera había llegado; el sol brillaba en un cielo azul; diariamente en el cuarto de Malvina abrían los pétalos de sus flores un nuevo ramillete, que Pablo llevaba á las once con la regularidad de un cartero. Cuando, á los quince días, se celebraron los dichos ante un círculo restringido de amigos, y recibió Malvina el primer beso de Pablo en presencia de su madre, de su abuela y de los padres de Pablo, sintió su corazón reconfortado y ni siquiera se hubiera sentido molesta en presencia de Guillermo, que había tenido, por lo demás, el tacto de declinar la invitación.

La señora Brohl resolvió que el matrimonio se verificaría en cuanto pasasen las Pascuas de Pentecostés; cuando se celebró la ceremonia en la iglesia de los Doce Apóstoles, llevaba su más pesado vestido de seda y todas sus alhajas de familia, absolutamente lo mismo que en los días de fiesta solemne en Stettin; se erguía cuanto podía, y en su semblante, pálido y como ajado por los sufrimien-

tos, brillaba una sonrisa de satisfacción orgullosa: varias personas ricas de Stettin habían venido á la boda, y el padre del novio, que la daba el brazo, era un hombretón con una barba imponente. Pablo iba de uniforme y llevaba una condecoración japonesa, que le habían hecho conceder unos jóvenes japoneses que habían asistido á sus cursos de química agrícola; la iglesia estaba llena de oficiales, profesores, consejeros íntimos y otros personajes; el semblante de Pablo resplandecía de felicidad; su bigote rubio tenía un aire triunfal; la raya del peinado estaba matemáticamente recta, y un feld-mariscal hubiera jurado que era un oficial del ejército activo. A la novia, sonrosada, daba gusto verla; su velo y su corona eran debidos á la ingeniosidad de mano de su familia, que se revelaba todavía en los bordados del traje de satén. Guillermo era uno de los testigos de Pablo; cuando después de la boda se acercó á felicitar á la feliz pareja, Malvina le dirigió una mirada impregnada de suave emoción y que envolvía acaso un ligero reproche; Pablo le apretó la mano, y desbordando alegría y agradecimiento, le murmuró al oído: «Tu amigo por toda la vida, Guillermo; por toda la vida».

VII

Symposion (1)

Apenas de vuelta del viaje de bodas que había hecho á París, Pablo sorprendió á todos sus amigos con una serie de actos absolutamente inesperados; renunció á la cátedra, á pesar de que le habían prometido nombrarle profesor en el próximo semestre; abandonó á su joven esposa durante tres semanas, en las que escribió de vez en cuando cartas fechadas en Hamburgo, en Altona ó en Harburgo; luego regresó de nuevo anunciando á Malvina, como un hecho consumado, que iban á dejar Berlín para habitar una parte del año en Hamburgo y el resto del tiempo en una propiedad del Hannover, cerca de Harburgo, pues que había resuelto renunciar al profesorado y dedicarse á la agricultura en grande. Puso á Guillermo y á Schrotter más al corriente de sus planes; lo que había arrendado con preeminente derecho de compra no era un terreno en plena prosperidad, sino un verdadero pantano llamado el «Friesen-Moor»

(1) Segunda parte de los banquetes griegos, en que sólo era costumbre beber sin comer nada.—*N. del T.*